

44

México, Enero 29 de 1904



Mi muy querido amigo Miguel de Unamuno,

Tiene usted razón en lo que me cuenta del carácter francés, aunque acaso lo juzga usted con una miajita de exajeración, en razón de su desamor para esa raza. Yo creo mucho de lo que usted afirma y he tenido ocasión de observar con pena y molestia, su vanidad excesiva, su ignorancia de todo aquello que no atañe á Francia, su desprecio por los escritores extranjeros, su contentamiento íntimo de sí mismo; pero á pesar de todo esto, es tal el encanto que el suelo Francés derrama sobre todos los que lo pisan y lo habitan y tal el embeleso de aquella vida y tanto el bienestar que se experimenta al verse rodeado de obras de arte excelentísimas y tan abundoso y salado el ingenio de la gente que nos rodea y tan acogedor el país, "dulce y triste", como le llama Victor Hugo, que olvida uno á los franceses sabios y literatos

y los deja uno cebados de autolatría y de petulancia, para entregarse todo á esa joie de vivre que solo en París he sentido, no en comercios voluptuosos de boulevard, sino en esos mil retiros donde el anima se vivifica y se exalta dulcemente, en esas iglesias, en esos museos, en esos bosques, á la orilla de ese río inolvidable. Y luego, hay que convenir en que la libertad da los placeres mayores de este mundo, ó sirve de marco á todos ellos, y en Paris se es mas libre que en ninguna parte que yo sepa. Es ese un pueblo que no se sorprende de nada y que por lo tanto deja un inmenso margen de independencia á nuestra vida privada. Yo amo por eso las grandes ciudades y ninguna mas grande que Paris: ni Londres ni Nueva York, porque no solo el número de habitantes hace la ciudad, sino la topografía, la disposicion de calles, plazas y paseos, algo recóndito y misterioso que no tiene el rectilineo y desgarbado Nueva York ni el puritano y desabrido

2

Londres.—Aquí, en nuestras ciudades latino americanas (y eso que México es de las mas grandes y movidas), se nace, se vive y se muere ante la mirada maligna, curiosa y tonta de los demás, que no parece sino que lo único que desean es vulgarizar y familiarizar la extrañeza de todo caracter que se diferencia de los *otros*, y apartar á toda alma de una contemplación separada y altiva. La misma produccion intelectual se resiente de estas condiciones de comadrazgo, no es verdad? Y el propio homenaje familiar que le sigue á uno por todas partes, que dándole una gloriola capaz de satisfacer solo á los imbéciles le quita á uno el dulce privilegio de perderse, de pasar inadvertido, de ser una unidad mas entre la multitud libérrima, á la larga acaba por ser un martirio. Yo de mi se decir que tengo el pudor de mi vida y de mis actos intelectuales y que esa policia de los demás me atormenta. No para ^{el} nosotros, infelices, un paseo solitario; una puesta de sol saboreada con tranquilo abandono





no, ni un solo rincón donde pueda holgar un pensamiento...En Paris siempre va uno de incógnito y todo es nuestro, los crepúsculos y las auroras, el arte exquisito y la vida ambiente. Nadie, cuando estemos distraídos en una terraza, en un museo, en un parque, irá á preguntarnos imbecilmente si estamos tristes, si aquello nos gusta, de donde venimos y á donde vamos...París no nos conoce; pero en cambio nosotros conocemos á Paris y podemos á cada paso auscultar toda aquella vida, tan intensa, tan poderosa tan llena de encantos imprevistos, tan sugeridora de ideas y de cuadros...Y acabamos por no darnos cata de que en tal ó cual café de ^uEtignelles ó del Barrio Latino, hay diez ó quince poetas petulantes que creen haber descubierto todos los inefables secretos del ritmo y que se constituyen por si y ante si, en los mas perfectos dioses del mas perfecto de los olimpos posibles.

Ya ve usted pues como en lo esencial estamos de acuerdo, ...y en todo, porque estoy casi seguro de que un hombre como usted con acervo tal de ideas, con una intensidad tal de pensamiento, debe sentir asaz esa sed de soledad, de libertad y de silencio, que es un bien tan precioso.

Su discurso de usted publicado en la Revista, gustó mucho en México. Se de muchos elogios amplios y sinceros. Empiezan á conocerle aquí y, naturalmente á admirarle. Yo, en el número de Enero de ese periódico, en un artículo que escribo sobre un bonito libro de texto, nuevo, intitulado "Robinsón Mexicano," cito justamente con elogio algunas de las nobilísimas palabras de ese discurso, tan sincero, tan lleno de pensamiento y de alta tristeza.



Y á propósito de libros de texto hoy diré al autor del Robinsón Mexicano que le mande á usted un ejemplar y yo le mando dos libros para niños, que he arreglado . Son informes, feos ,tontos, quizá, pero su disculpa está en que constituyen el prólogo de otros mas pensados; sobre el de "cantos escolares" será ^{todo,}

sustituído en breve por uno grande, con verso y prosa absolutamente mexicanos, bien graduado y bien meditado. Yo necesitaba tomar de alguna parte la música para el primero y la hurté á los franceses por lo pronto. Si no hubiera leído su ya tan citado discurso en el que insiste usted tan bellamente en la necesidad de que todo aquel que piense en España piense para los niños, no le enviaría ese librace.

Respecto del Miramar de Carducci, está traducido por Enrique Fernandez Granados, un amigo mío, y le edjunto unos ejemplares. La Sra. Larrien no se ha presentado aún. Yo pienso (y Dios no me tenga en cuenta este mal juicio,) que la dama en cuestion ninguna necesidad ha tenido de mis buenos oficios: se habrá encon-





trado con todos los paisanos y amigos de
- su hijo, que es Administrador del Courriere
du Mexique, y maldita la falta que le he hecho.

Hasta luego, mi querido amigo, no me prive de
sus letras y mande siempre lo que guste á su
muy devoto amigo

Nervo

Perpetua 7 1/2